



CORAZÓN de mujer



EXPRESO rinde homenaje a Guayaquil en su aniversario de fundación, desde las voces de sus mujeres. Docentes, médicas, empresarias, políticas, lideresas barriales y profesionales... todas ayudan a levantar esta noble ciudad. Así, este Diario arranca una serie de entrevistas de ellas para ellas.



EMPRESARIAS

LAS HISTORIAS
DE DOS EJECUTORAS
Y SU CAMINO AL ÉXITO

PÁG. 4

LIDERESA BARRIAL

EL COMPROMISO
CON LA LUCHA POR MEJORAR
LA VIDA EN COMUNIDAD

PÁG. 8

EDUCADORAS

LA FORMACIÓN
DE MENTES CRÍTICAS ES SU
APORTE A LA SOCIEDAD

PÁG. 11



NUEVOS PROYECTOS INMOBILIARIOS impulsan la plusvalía de vía a la costa

El desarrollo de urbanizaciones, proyectos de uso mixto y nuevas alternativas de financiamiento incrementan la valorización de las propiedades y responden a una demanda que prioriza naturaleza, conectividad y calidad de vida.

La transformación de Vía a la Costa continúa redefiniendo el mapa inmobiliario de Guayaquil. Lo que hace algunos años era un corredor de expansión hoy se consolida como uno de los sectores con mayor dinamismo y proyección de plusvalía, impulsado por nuevos proyectos residenciales, una creciente oferta de servicios y una infraestructura que atrae tanto a familias como a inversionistas.

El crecimiento del sector responde a un cambio en las preferencias del mercado. Los compradores ya no bus-

can únicamente una vivienda, sino comunidades planificadas que integren áreas verdes, espacios recreativos, seguridad, conectividad y servicios cercanos. Esta evolución ha convertido a Vía a la Costa en un destino estratégico para quienes desean proteger e incrementar el valor de su inversión inmobiliaria.

En este escenario, los desarrolladores han apostado por propuestas que incorporen criterios de sostenibilidad, innovación constructiva y bienestar, características que fortalecen la valorización de los inmuebles y elevan el atractivo del sector.



NATURALEZA COMO MOTOR DE VALORIZACIÓN

Uno de los proyectos que refleja esta tendencia es Grand View, ubicado en el kilómetro 11,5 de Vía a la Costa. El desarrollo propone recuperar un terreno que anteriormente funcionaba como cantera mediante un amplio plan de reforestación que contempla la siembra de 644 árboles de distintas especies, integrando la naturaleza como eje central del diseño urbano.

El proyecto se desarrolla sobre 7,47 hectáreas e incorpora 2,2 kilómetros de senderos naturales y extensas áreas verdes distribuidas en toda la urbanización. Esta planificación busca generar espacios de convivencia y recreación, además de contribuir a mejorar las condiciones ambientales del entorno.

Grand View estará conformado por ocho torres residenciales con apartamentos de dos y tres dormitorios desde 85 metros cuadrados. A ello se suman más de diez amenidades, entre ellas casa club, piscinas, juegos infantiles, cancha de pádel y espacios multiusos, que complementan la experiencia de vivir en un entorno diseñado para el bienestar.

Actualmente, el proyecto avanza con la construcción de sus dos primeras torres, cuya entrega está prevista para el segundo semestre de 2026. Como parte de su crecimiento también presentó Floria by Grand View, el quinto edificio del conjunto, que incorpora apartamentos desde \$123.000 dólares y una sala de coworking como nuevo espacio destinado a quienes combinan la vida residencial con el trabajo remoto.

VIVIENDA ACCESIBLE EN UN SECTOR DE ALTA PROYECCIÓN



Más al oeste del corredor se desarrolla Viasole, una propuesta orientada principalmente a quienes buscan adquirir su primera vivienda sin renunciar a la ubicación estratégica de Vía a la Costa.

El proyecto contempla la construcción de 408 casas y cuatro torres que albergarán 96 apartamentos con parqueo propio, además de diez amenidades que incluyen

piscina, gimnasio, canchas deportivas, áreas sociales y seguridad permanente mediante garita blindada y guardianía las 24 horas.

Uno de los aspectos diferenciadores es su acceso mediante el programa de crédito Miti-Miti, que permite financiar viviendas de interés social y público con una entrada del 5 %, una tasa fija del 4,99 % durante toda la vida del crédito y



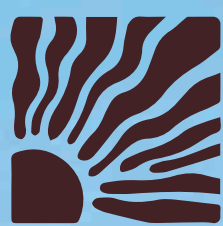
un plazo de hasta 25 años. Estas condiciones facilitan que muchas familias puedan acceder a una vivienda propia con cuotas similares al valor de un arriendo.

El proyecto ofrece viviendas de tres y cuatro dormitorios desde 105.000 dólares, con reservas desde 500 dólares y entregas previstas en aproximadamente 18 meses.

UN MERCADO QUE SIGUE GANANDO VALOR

Especialistas del sector coinciden en que la plusvalía de Vía a la Costa continuará fortaleciéndose gracias a la combinación de nuevos desarrollos inmobiliarios, mejoras en la infraestructura vial, expansión comercial y mayor disponibilidad de servicios educativos, médicos y de entretenimiento.

La incorporación de proyectos que priorizan la sostenibilidad, el diseño urbano y nuevas modalidades de financiamiento responde a un mercado cada vez más exigente, donde el valor de una propiedad depende tanto de su ubicación como de la calidad del entorno que la rodea. Con propuestas como Grand View y Viasole, Vía a la Costa reafirma su posición como uno de los principales polos de desarrollo urbano de Guayaquil, ofreciendo alternativas que combinan inversión, patrimonio y calidad de vida en una zona cuyo crecimiento continúa marcando la evolución del mercado inmobiliario de la ciudad.



VIASOLE

KM 21 VÍA A LA COSTA

**Casa propia**
en año y medioCuotas
desde **\$295**CRÉDITO
MITI
MITITU INDEPENDENCIA
EMPIEZA ENVÍA A
LA COSTAGRAND
VIEW

KM 11.5 VÍA A LA COSTA

Apartamentos
de pronta entregaCuotas
desde **\$800****Amenities** que
elevan tu día a día

PROYECTOS DE:



MINUTOCORP

@minutocorp
minutocorp.com

MARTHA GONZÁLEZ

Una mujer que 'puso a cotizar' EL LIDERAZGO FEMENINO

La gerente general de la Bolsa de Valores de Guayaquil convirtió la comunicación, la formación de equipos y la confianza en activos para impulsar el desarrollo de la ciudad.

Hay personas que construyen ciudades desde el concreto, pero hay otras que lo hacen con ideas y sembrando conciencia. Martha González, la primera mujer en ocupar la gerencia General de la Bolsa de Valores de Guayaquil (BVG) pertenece al segundo grupo, con una trayectoria profesional que ha estado marcada por una constante: la capacidad de comunicar, formar y abrir caminos.

Su vínculo con el trabajo, cuenta, empezó mucho antes de ocupar altos cargos directivos. Con una sonrisa de satisfacción recuerda cómo en la misma noche de su graduación de bachillerato, le propuso a su madre empezar a trabajar desde el día siguiente. Con ayuda de sus padres logró tener su primer empleo, llegando a ser la mejor recepcionista que tuvo una agencia de publicidad en esa época. Lo cuenta con orgullo porque para ella ningún trabajo es pequeño cuando se convierte en una oportunidad de crecimiento. Desde entonces, dice, desarrolló una filosofía que aún conserva, la de dibujar mentalmente escalones y preguntarse constantemente cómo subirlos, una lógica que ha impulsado casi tres décadas de carrera profesional.

González, quien se graduó como Licenciada en Comunicación, con estudios en marketing, quien ha obtenido diplomados internacionales y que actualmente se especializa en finanzas y mercado bursátil, nunca ha dejado de prepararse. Sin embargo, su mayor fortaleza no está en los títulos que acumula sino en su carisma y en su habilidad para conectar con las personas.

Así, llegó a estar atrás de los micrófonos de Teleradio, Cablevisión y otros medios de comunicación para promover el análisis de la coyuntura nacional y el pensamiento crítico. Allí descubrió que comunicar no consiste únicamente en transmitir información, sino en lograr que todos comprendan.

Una consigna que sigue aplicando ahora que gerencia la BVG. Bajo su gestión, la institución ha impulsado una estrategia orientada a "democratizar la cultura bursátil" y acercar el mercado de valores a ciudadanos, emprendedores y empresas que históricamente estuvieron lejos de ese ecosistema.

Para González, la educación financiera es también una forma de construir ciudad. Porque detrás de cada inversión hay empleo, crecimiento y oportunidades.

La Bolsa de Valores de Guayaquil registró en 2025 el mejor desempeño bursátil del país desde antes de la pandemia, superando los 18.200 millones de dólares negociados. Pero más allá de las cifras, ella recalca que su mayor logro es haber devuelto protagonismo a una institución que considera pieza clave para el desarrollo económico del Ecuador.

Asumir la gerencia de esta entidad, admite, ha sido un desafío enorme, porque era la primera vez en la historia de la entidad, que una mujer asumía la máxima responsabilidad ejecutiva, en un mercado que, históricamente, ha estado asociado al liderazgo masculino. "Yo siempre he dicho que las mujeres tenemos que trabajar el doble, no solamente hay que hacerlo bien, sino que hay que demostrarlo", afirma.

Lo dice porque a largo de su



"Yo siempre he dicho que las mujeres tenemos que trabajar el doble; no solo hacerlo bien, sino que hay que demostrarlo".

carrera ha tenido que enfrentar situaciones que reflejan esos prejuicios. Recuerda, por ejemplo, una reunión durante su paso por una aerolínea en la que alguien asumió que era tripulante de cabina y no la gerente. "Pero yo no me ofendo con

esas cosas. Al contrario, la escena me pareció graciosa, son cosas que me encantan", dice entre risas.

Su trayectoria incluyó posiciones de liderazgo en empresas de distintos sectores, entre ellas como vicepresidencia en Cervecería Nacional, otra industria tradicionalmente dominada por hombres.

Pero han sido experiencias que fortalecieron su visión de romper estereotipos. Para ella liderar significa transformar, formar equipos y generar oportunidades para que otros crezcan.

Para ella, las mujeres tienen una capacidad natural para crear, formar y multiplicar oportunidades, con un impacto colectivo. A las jóvenes guayaquileñas que hoy buscan abrirse camino les deja una reflexión que la acompa-

ña desde hace más de dos décadas. Una frase del poeta Horacio que adoptó como guía personal: "El que vive temeroso nunca será libre".

Una frase que para ella significa aventurarse y aprovechar las oportunidades que se puedan presentar. "Aunque nos dé miedo", dice. Cuenta que una vez le ofrecieron un puesto para el que no se sentía preparada. Tras aceptar, ese mismo fin de semana su padre le llevó libros y un par de videos VHS sobre el tema. El lunes siguiente, dice, "fui la mejor gerente de área que tuvo esa empresa." Esa mezcla de valentía y disciplina resume, quizás, el legado que más le importa dejar: que la recuerden con cariño como la mujer que venció temores, formó equipos y abrió caminos.

MARÍA DOLORES COBOS

De la quiebra al éxito EMPRESARIAL

Un fraude la dejó sin su patrimonio, pero no sin sus sueños. Hoy, ella dirige una empresa y apoya el liderazgo femenino en el comercio exterior.

El sector portuario fue durante años un espacio dominado por hombres. Por ello, cuando una mujer decidía incursionar en este ámbito no solo necesitaba valentía, sino también carácter, preparación y perseverancia para abrirse camino, ganar mercado y conquistar el respeto de sus colegas.

Hace unas dos décadas, María Dolores Cobos vio cómo el trabajo de años desaparecía en un chasquido de dedos. Un fraude en la importación de accesorios para vehículos le hizo perder unos 400.000 dólares. Aquella caída la obligó a empezar desde cero, volver a ser empleada y reconstruir su vida profesional.

Su historia también está marcada por la fe. Mientras enfrentaba la pérdida de su patrimonio, los médicos le diagnosticaron un aneurisma cerebral que, hasta hoy, permanece bajo control.

Actualmente dirige una empresa dedicada al comercio exterior, la logística y la asesoría aduanera, que emplea a medio centenar de personas durante gran parte del año y amplía su plantilla en las temporadas de mayor demanda. Su trayectoria es un ejemplo de perseverancia y resiliencia.

"Si yo hubiera conocido entonces todo lo que sé ahora sobre logística y aduanas, nunca habría

"Cuando cae, Dios nos ayuda a levantarnos más alto. Solo hay que perseverar y trabajar".

perdido mi carga", recuerda Cobos, quien convirtió aquella experiencia en la filosofía de su negocio: acompañar a cada cliente como si la mercancía fuera propia.

Tras el golpe financiero, una oportunidad cambió su destino. Un empresario estadounidense le pidió ayuda para abrir una oficina en Guayaquil.

"Yo observaba cómo él trabajaba, cómo iba al puerto. Ahí comprendí la importancia de conocer cada proceso logístico", relata.

Cuando su mentor regresó a Estados Unidos, le dejó la oficina y la cartera de clientes. Con esa confianza como respaldo fundó su propia empresa, Etyecu S.A.

Los primeros años no fueron fáciles. En los puertos y recintos aduaneros era frecuente escuchar que

ese no era un lugar para mujeres.

Lejos de desanimarse, decidió prepararse. Estudió comercio exterior, asistió a programas de liderazgo, se vinculó a gremios empresariales y aprendió cada etapa de la cadena logística.

"El respeto me lo gané con conocimiento. Cuando una mujer conoce lo que hace, tiene una fortaleza enorme", afirma.

Con el tiempo amplió sus servicios, creó una empresa de etiquetado autorizada por el entonces Ministerio de Industrias y Producción y, durante la pandemia, abrió un depósito aduanero público para atender la creciente demanda de almacenamiento de mercancías.

Actualmente también cuenta con una oficina en Quito y trabaja en la apertura de operaciones en China, donde una de sus hijas participa en el desarrollo del proyecto.

Convencida de que Guayaquil sigue siendo una ciudad de oportunidades, Cobos asegura que "la mujer guayaquileña trabaja, persevera y entrega el corazón a lo que hace. Me siento orgullosa de aportar, desde el comercio exterior, al crecimiento de mi ciudad".

Hoy también es parte del Comité Sectorial de Comercio Exterior de la Cámara de Comercio de Guayaquil y miembro de otros seis gremios productivos.



EMILY VERA

Visión de cambio que nace desde la COMUNIDAD

La concejal de Guayaquil deja su huella en las calles que la vieron crecer. El servicio público es un interés que nació desde la dirigencia estudiantil.



El destino la encontró joven. Emily Vera, concejal en funciones de Guayaquil, despertó su interés por la política en las aulas y no en las calles. Como hija de una madre que recibía el Bono de Desarrollo Humano, accedió a una beca universitaria gubernamental durante el gobierno del expresidente Rafael Correa, una oportunidad que le cambiaría la vida.

Su agradecimiento y la convicción de que desde la universidad los conocimientos deben devolverse a las comunidades despertaron su interés por ampliar las oportunidades que ella misma había recibido como joven guayaquileña. Incluso llegó a liderar un frente nacional de estudiantes y becarios para defender la política pública de becas estudiantiles.

Aunque los prejuicios de género nunca faltaron en su camino, Vera resalta que su carácter siempre fue su mayor fortaleza para responder a cualquier intento de deslegitimar su lucha estudiantil, reivindicando los derechos de las mujeres y de los estudiantes, y promoviendo la paridad en su actividad como dirigente estudiantil.

Esa llama encendida no se quedó en las aulas, sino que trascendió al ámbito público. Inició, en 2015, como servidora pública en la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (Senescyt), entidad que posteriormente llegó a dirigir. En 2019 integró una papeleta como concejal suplente del Municipio de Guayaquil y, en 2021, como asambleísta alterna por Guayas. En 2023 fue electa concejal de la urbe porteña.

El liderazgo femenino en cada uno de los cargos que ocupó y ocupa ha si-

do fundamental, comenta, y lo relaciona con lo que sucede en un hogar. Para Vera, así como una mujer es un pilar importante en una familia, también lo es para la comunidad y la función pública, especialmente al momento de dirigir el rumbo de la ciudad.

“La política no es pararse en una tarima, sino prepararse, estudiar y escuchar a la comunidad”.

En ese sentido, señala que quiere plasmar su legado donde todo comenzó: en la comunidad. Cuenta que, como concejal de la ciudad e integrante de la Comisión de Educación y Cultura del Cabildo, impulsó la iniciativa Niños y Niñas Agentes de Cambio, dedicada a llevar talleres socioeducativos a las comunidades de Guayaquil para generar oportunidades como las que ella recibió cuando era más joven.

De hecho, en uno de los resultados de esos talleres, el Corredor Cultural La 12, en Mapasingue, Vera recibió a EXPRESO. La concejal comenta que la iniciativa contó con el apoyo de facilitadoras, en su mayoría mujeres. Más de un año después de su

implementación, Vera señala que la comunidad se apropió del proyecto y que ahora los murales, los campeonatos y las demás actividades son organizados y mantenidos por los propios vecinos.

Al mirar el camino recorrido y los retos que aún continúan, Vera reflexiona y afirma que, cuando comenzó, le habría gustado no prestar tanta atención a las voces que le decían que no lograría nada de lo que ha construido. Aunque también reconoce que precisamente escuchar a la gente fue la clave para enfrentar los momentos de miedo en su trayectoria política en la ciudad.

Vera también es consciente de que su camino no es solitario, sino una senda para más mujeres que, como ella, tienen interés en lo social y en el servicio público. A ellas les aconseja prepararse técnicamente y desprenderse de la idea de que la política solo se hace desde las tarimas. El secreto, dice, está en involucrarse con la comunidad y comprender sus problemas.

Aún con mucho por hacer, pero satisfecha con el camino recorrido, la concejal Emily Vera hace hincapié en que el liderazgo femenino en la política y desde las comunidades es sinónimo de valentía, especialmente cuando las mujeres enfrentan un doble desafío en la sociedad ecuatoriana. También recuerda que los logros de las mujeres no son individuales, sino el resultado de una lucha colectiva.



ANA CHÓEZ

Liderazgo femenino forjado desde las AULAS DE CLASE

La edil se proyecta como una referente del liderazgo femenino. Su formación e historia familiar son su principal motor de servicio.

Ana Chóez, concejala de Guayaquil, se define a través de una impronta de fortaleza, valentía y una arraigada postura crítica ante la vida. Nacida y criada en el Guasmo Sur, uno de los sectores populares más representativos y complejos de Guayaquil, Chóez creció bajo el amparo y la guía de su madre soltera y sus abuelos. De ellos recibió una herencia inestimable: la convicción de que la sumisión no es una opción. Esta firmeza, moldeada por las vivencias cotidianas del barrio, se complementó con una fe católica que orientó su accionar hacia la empatía, la honestidad y el trabajo comunitario. Su abuelo Simón, un comerciante que vendía escobas y laboraba sin descanso de sol a sol, se convirtió en su mayor referente de sacrificio y constancia, inculcándole que el esfuerzo propio es la base de cualquier logro.

Su vocación por el servicio social despertó de manera temprana. A los 13 años ya participaba en iniciativas comunitarias dentro de su entorno, canalizando su energía a través de colectivos religiosos y juveniles como la agrupación “Comparte Ecuador”. Esta temprana inmersión en la realidad social de la urbe le permitió constatar de primera mano las profundas inequidades que persisten en la urbe porteña, despertando en ella una certeza inamovible: para generar transformaciones a gran escala, la labor social debía trascender a la esfera política e institucional. Con esa meta clara, se vinculó al Partido Social Cristiano mediante el proyecto “Jóvenes Líderes de

Guayaquil”, iniciando un camino de militancia activa desde las bases.

“Quizás no me iban a tomar en serio, pero tomé más fuerza para validar mis credenciales”.

A diferencia de quienes acceden a la política por privilegios de cuna o herencias económicas, Chóez comprendió que su principal herramienta de validación en un entorno adverso para las mujeres jóvenes era la preparación académica. Así, gracias a su excelencia estudiantil en la escuela y el colegio, obtuvo una beca completa para cursar Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Esta formación técnica e intelectual le otorgó las credenciales necesarias para ser escuchada y respetada, incluso señala que fue lo que le permitió incursionar en lo público, en un inicio, con el Partido Social Cristiano (PSC), organización política de la que recién se distanció.

Su pericia técnica la llevó posteriormente a desempeñarse como asesora en la Comisión de Justicia de la Asamblea Nacional, donde participó en las reformas al Código de la Democracia, una experiencia que consolidó su comprensión sobre el andamiaje legal e institucional del país. u paso por

Europa, gracias a una beca internacional en España en 2016, expandió su perspectiva sobre el diseño de proyectos macro, consolidando la idea de que la administración pública debe modernizarse con soluciones técnicas e innovadoras que rompan definitivamente con el viejo asistencialismo.

Para Ana Chóez, ocupar una concejalía representa la oportunidad de democratizar el poder público y de fiscalizar el uso de los recursos de la ciudad bajo criterios de estricta transparencia. Firme defensora de las cuotas de género y de juventud contempladas en las normativas electorales, reconoce que estas herramientas legales son indispensables para romper los techos de cristal y abrir paso a liderazgos provenientes de la militancia de base y de los sectores marginados de la representación política tradicional.

Hoy en día, su visión del liderazgo femenino se traduce en una política de cercanía y de pragmatismo orientado a la acción inmediata. Chóez concibe el rol del funcionario público no como un espacio de beneficio personal o de cálculo político, sino como una entrega absoluta al bienestar común. Su objetivo prioritario se centra en que el Municipio y el Estado asuman su rol de facilitadores de oportunidades mediante servicios de salud, saneamiento y educación de calidad, garantizando que el origen de un ciudadano no determine su destino. Para la concejal del distrito uno, liderar siendo mujer es sinónimo de fuerza, solidez y capacidad ejecutiva inquebrantable para transformar realidades.

MÓNICA GILBERT

El valor de abrir camino PARA SALVAR MÁS VIDAS

La perseverancia y el apoyo de su familia marcaron su carrera. Cree que la preparación, la disciplina y el trabajo colectivo hacen posible lo extraordinario.

Mónica Gilbert Orús nunca soñó desde niña con convertirse en cirujana cardiovascular. Descubrió esa vocación mientras acompañaba a su padre, Roberto Gilbert, al trabajo y observaba, casi sin darse cuenta, el impacto que podía tener una operación en la vida de un paciente.

Con el tiempo entendió que la medicina no era solo una profesión, sino una forma de vivir. Cada decisión implicaba preparación, sacrificio y la responsabilidad de cuidar vidas.

“La mejor recompensa no es ser la primera, sino abrir el camino para que muchas mujeres puedan llegar después”.

Hubo momentos en los que pensó en abandonar la carrera universitaria. Recuerda haber llegado a casa, entre lágrimas, tras un mal examen, pero el respaldo de su familia siempre terminó recordándole que valía la pena continuar estudiando Medicina. Ese apoyo se convirtió en uno

de los pilares de su carrera. Está convencida de que ninguna trayectoria puede sostenerse sin una red que impulse a seguir cuando aparecen las dudas.

En 2021, a los 35 años, encabezó el equipo que realizó el primer trasplante de corazón en Guayaquil. Aunque su nombre quedó asociado al hecho histórico, insiste en que ese logro pertenece a un grupo entero de profesionales que trabajó durante años para hacerlo posible.

La víspera de aquella cirugía estuvo lejos de ser tranquila. Sintió ansiedad, miedo y una enorme responsabilidad porque sabía que no solo estaba en juego un procedimiento inédito, sino la vida de una paciente que depositó su confianza en el equipo.

Cuando la intervención terminó con éxito, recuerda que la satisfacción fue inmediata. Sin embargo, la mayor sorpresa llegó después, al descubrir que aquel hito impulsó nuevos programas de trasplantes y abrió una conversación sobre lo que era posible hacer en Ecuador.

La repercusión también trascendió el ámbito médico. Ver a un equipo integrado mayoritaria-

mente por mujeres inspiró a muchas jóvenes que, hasta entonces, seguían asociando la cirugía cardiovascular con un espacio reservado para hombres.

Aunque reconoce que todavía existen estereotipos, nunca permitió que definieran su camino. Prefirió concentrarse en prepararse, trabajar y demostrar con resultados que la capacidad no depende del género.

Para Mónica Gilbert Orús, el miedo nunca desaparece por completo. Cree que estudiar más no lo elimina, sino que hace consciente de todo lo que puede ocurrir, aunque también brinda las herramientas para

actuar cuando llega el momento.

Su idea de liderazgo está lejos de las jerarquías. Considera que dirigir significa conseguir que muchas personas avancen hacia un mismo objetivo, entendiendo que ningún logro importante puede alcanzarse solo.

Hoy, además de dirigir la Clínica Guayaquil, asume una responsabilidad que atribuye al trabajo colectivo y a la confianza ganada con los años. Está convencida de que ningún cargo convierte por sí solo a una persona en líder si quienes la rodean no creen en ella.



A las jóvenes guayaquileñas que sueñan con la medicina les recuerda que los grandes objetivos nunca llegan sin esfuerzo. Les pide perseverar incluso cuando aparezcan las dudas, porque las dificultades forman parte del camino y, al final, cada sacrificio encuentra sentido.

Después de abrir un camino para los tras-

plantes cardíacos en Guayaquil, no siente que haya llegado a la meta. Gilbert sigue formándose e incorporando nuevas técnicas para atender casos cada vez más complejos, porque entiende que la medicina exige aprender todos los días.

Su propósito, asegura, sigue siendo el mismo que la llevó al quirófano aquella madrugada: prepararse cada día para que más pacientes tengan una nueva oportunidad de vivir. Sus días empiezan a las seis de la mañana y terminan con la satisfacción del deber cumplido.

¡491
años de
identidad
y tradición!

Juntos hacemos
que **Guayaquil**
siga brillando



urvaseo

SUSAN SALINAS

Unión vecinal, motor para transformar LAS CIUDADELAS

Mientras Guayaquil enfrenta desafíos, Susan Salinas empuja desde Urdesa un modelo de trabajo comunitario basado en el civismo y organización



No quedarse de brazos cruzados, pese a las vicisitudes o los días amargos, es la convicción que mueve cada día a Susan Salinas. Cuando se le pregunta qué significa hacer comunidad en una Guayaquil golpeada por problemas urbanos que se han agudizado, su respuesta radica en que la ciudadanía debe enfocarse en lo positivo y actuar. Hoy, asegura, los vecinos de la ciudadela Urdesa comienzan a cosechar los frutos de ese trabajo.

Aunque el sector, considerado durante años uno de los jardines del norte de la ciudad, también enfrenta episodios de inseguridad y deterioro, Salinas y otros moradores decidieron no depender únicamente de las autoridades. Desde Urdesa Futura, organización que integra a vecinos de Urdesa Central, Urdesa Norte y Lomas de Urdesa, han ejecutado iniciativas para fortalecer el barrio y recuperar espacios.

En la cancha de Lomas de Urdesa, uno de los puntos de encuentro más concurridos del sector, Susan dialoga con un equipo de EXPRESO mientras dos vecinos juegan tenis. Bajo un sombrero que la protege del intenso sol guayaquileño, habla con entusiasmo de la ciudad que celebra sus 491 años de fundación.

Para ella, el trabajo comunitario nace del civismo. "Es una labor cívica y patriótica de la que debemos sentirnos orgullosos. Como mujeres y madres debemos inculcarles a nuestros niños y adolescentes que no podemos vivir en la individualidad, sino en comunidad. Debemos pensar en la familia, pero también en el vecino. Así logramos un mejor sector y una mejor ciudad".

Uno de los principales logros que ha marcado su gestión ha sido consolidar una comunidad organizada. Pero más allá de los problemas, para Susan lo más importante ha sido crear una comunidad que entienda el valor de estar integrada y fortalecida. "Aprendimos que no podemos trabajar solos. Somos la voz que comunica a las autoridades lo que ocurre en el sector y, al mismo tiempo, colaboramos para encontrar soluciones".

“Hay que tener las ganas de servir y sentir a la comunidad. No se requiere de grandes cantidades”.

Entre esas acciones recuerda la recuperación del alumbrado público. "Estábamos completamente a oscuras. Recordó haber conversado con Álex Anchundia (gerente de Segura EP) y propusimos hacer un levantamiento de todas las luminarias dañadas. Con miembros de la directiva recorrimos el sector y desde entonces mantenemos un trabajo perma-

nente. Una ciudad iluminada también es una ciudad más segura", cuenta.

Pero el camino no ha sido sencillo. Muchas personas comenzaron participando, aunque con el tiempo abandonaron el proceso. Esa experiencia dejó una de las reflexiones que más la marcó. No bajó los brazos y, acota, entendió que no podía cesar y, aunque solo queden dos o tres personas, primó la perseverancia.

Para Susan, hacer comunidad no siempre implica grandes inversiones o sendos proyectos. Por este motivo alienta a que los más jóvenes tengan ese impulso para querer a la ciudad. "Quiero que sepan que esta ciudad está para acogerlos y que todos pueden aportar desde lo que saben hacer. Hay quienes pueden ayudar con manualidades, otros con tecnología o inteligencia artificial. Todos tenemos algo que ofrecer para construir una mejor ciudad".

Cuando piensa en el legado que desea dejar, vuelve a hablar de liderazgo femenino. "Espero que las próximas lideresas continúen este trabajo. Guayaquil necesita mujeres comprometidas con su comunidad. Muchas veces tenemos la sensibilidad y el tacto para construir consensos y generar armonía. Ese es el legado que queremos dejar: más mujeres participando y fortaleciendo nuestros barrios".



LITA MARTÍNEZ

Una mujer que lucha por una ciudad que ABRAZCE A TODAS

La directora ejecutiva de CEPAM reflexiona sobre el liderazgo femenino y la necesidad de construir una ciudad más empática, segura e inclusiva.

Ser mujer es un aprendizaje permanente. Así lo afirma Lita Martínez. También es la capacidad de mirar una realidad desde distintas perspectivas, reconocer el dolor, las oportunidades y las desigualdades para, desde ahí, construir soluciones colectivas.

Ella, abogada y la actual directora ejecutiva del Centro Ecuatoriano para la Promoción y Acción de la Mujer (CEPAM) Guayaquil, ha dedicado gran parte de su vida a la defensa de los derechos de mujeres, niñas y adolescentes. Su historia con la ciudad comenzó hace más de tres décadas, cuando dejó Loja para asumir nuevos desafíos profesionales.

"Ser mujer es un aprendizaje constante y un reconocimiento permanente. Desde los distintos roles y espacios que ocupamos tenemos la capacidad de leer entre líneas una realidad, de sentirla y de mirar todas las aristas de una situación. Difícilmente una mujer tiene una mirada lineal. Eso nos permite pensar acciones más diversas y colectivas para responder a las realidades que vive Guayaquil", reflexiona.

Cuando llegó a la ciudad tenía apenas 23 años. Recién graduada, encontró la oportunidad de trabajar en el entonces INNFA con organizaciones que atendían casos de violencia contra niños y niñas.

Recuerda que uno de los mayores retos fue adaptarse a una ciudad tan distinta a la que conocía, por lo que tuvo que, como dice, "perderle el miedo a Guayaquil". "Hoy sigo redescubriendo una ciudad maravillosa, que

permite construir, cuestionar, avanzar, pero que también nos confronta con profundas brechas sociales", comenta.

“Una puede liderar, llegar a estar en organizaciones sin perder la calidez, el compromiso, el activismo”.

Su trabajo en sectores como el Guasmo y el Suburbio la acercó a mujeres que, asegura, cambiaron su manera de entender el liderazgo y que fueron esas lideresas de la ciudad quienes también le enseñaron y hoy son mujeres que todavía la acompañan. Para Lita, uno de sus mayores logros fue encontrar la calidez de la gente guayaquileña y construir lazos de compañerismo, optimismo y amistad que permanecen hasta hoy.

Después de años dedicados al activismo y al trabajo comunitario, reconoce que hay un consejo que le habría gustado escuchar cuando empezaba.

"Me habría gustado que alguien me dijera: 'No dejes de cuidarte'. Muchas veces nos enseñan que debemos ser fuertes, que podemos con todo, y terminamos dejando nuestra salud física y mental en segundo plano", subraya.

Aun así, remarca que siempre existen redes de apoyo que sostienen a las mujeres, incluso en

los momentos más difíciles. "Puede que hoy estén debilitadas, pero siguen existiendo espacios de contención. Nadie debería enfrentar sola las dificultades".

Entre todas las reflexiones que la han acompañado durante su trayectoria, hay una que resume su forma de entender el feminismo y la solidaridad: "Lo que es con una, es con todas".

Para Martínez, esa frase representa un llamado permanente a la empatía. "Nos invita a reconocernos como mujeres, incluso desde nuestras propias fragilidades. También podemos ser impactadas por la desigualdad y la discriminación. Si una sola mujer es afectada, aunque sea en un lugar que ni siquiera conozco, eso también me afecta. Ese mensaje tiene un valor enorme para mí".

Cuando piensa en el legado que le gustaría dejar, no habla de cargos ni de reconocimientos. Habla de la forma en que se ejerce el liderazgo, pues considera que una mujer puede dirigir organizaciones sin perder la calidez, el compromiso ni el activismo. Sin embargo, reconoce que también se debe cuidar que no habiten prácticas de poder o discriminación.

Convencida de que el desarrollo de una ciudad también depende del aporte femenino, concluye con una reflexión sobre el futuro de Guayaquil. "Las mujeres construyen una ciudad diferente cada día. No debemos renunciar al sueño de una ciudad que abraza, que contenga y que sea capaz de reconocer las brechas que todavía existen. Atenderlas es una responsabilidad de todos".

CRISTINA ABAD

TRANSFORMACIÓN con ciencia de datos

Su labor aplica algoritmos buscando optimizar el mundo y forjar nuevas generaciones con profesionales apasionados.



La tecnología suele percibirse como un ente abstracto que habita en servidores lejanos, pero para Cristina Lucía Abad Robalino, es la base sobre la cual se puede construir una sociedad más eficiente. Con un doctorado y una maestría en Ciencias de la Computación por la prestigiosa University of Illinois at Urbana-Champaign, y un paso destacado como pasante de ingeniería de software en gigantes tecnológicos como Yahoo, esta profesional guayaquileña decidió anclar su conocimiento en las aulas locales. Hoy, como profesora titular de la Facultad de Ingeniería en Electricidad y Computación (FIEC) de la ESPOL, se dedica a desmitificar disciplinas como los sistemas distribuidos, la computación en la nube y el procesamiento masivo de datos.

Para Abad, el análisis de datos no es un término de moda, sino una herramienta de transformación ciudadana. “El tipo de cosas que hacemos cuando trabajamos en Big Data nos permite tomar mejores decisiones a nivel de gobierno, a nivel de instituciones educativas, a nivel de instituciones privadas”, explica. A través del análisis de gigantescos volúmenes de información y la aplicación de algoritmos, se extrae un valor que optimiza la gestión diaria de la urbe. De igual forma, recalca que el ‘cloud computing’ dota a la ciudad de infraestructuras tecnológicas sólidas, tolerantes a fallos y escalables, evitando que los sistemas colapsen cuando decenas de miles de usuarios intentan acceder a un servicio público o comprar entradas al mismo tiempo.

Dar el salto hacia ligas mayores en la investigación en Estados Unidos fue un desafío que Cristina asumió paso a paso,

con la tranquilidad de quien está dispuesta a aprender de cada entorno. Esa visión global es la que hoy le permite asegurar que el talento local está sumamente preparado. Aunque reconoce que en el exterior hay mayor disponibilidad de recursos económicos para adquirir computadoras de altísima capacidad, a nivel humano la brecha es mínima. “En este mundo globalizado las mejores prácticas y procesos se van difundiendo”, señala. Abad destaca que los ecosistemas actuales permiten que desde Guayaquil se generen investigaciones y ponencias en congresos que dialogan de “tú a tú” con profesionales de todo el mundo.

“Uno ve cómo las ‘semillas’ se convierten luego en profesionales que van mejorando sistemas en el país”.

En un campo históricamente dominado por figuras masculinas, la académica e investigadora mantiene una postura clara: no existen carreras que pertenezcan a un género en particular. Las disparidades, sostiene, responden a

estereotipos culturales que terminan reforzándose a sí mismos en un ciclo continuo. En su caso, esa barrera mental nunca existió. Crecer con dos padres ingenieros químicos —y ver a su madre ejercer la profesión con total naturalidad— estableció una base donde la ciencia y la lógica eran el estándar. “Para mí era normal ser ingeniero, y para mí también era normal que mi mamá trabajara”, relata. Desde pequeña, los juegos de ingenio y las visitas a museos de ciencias abonaron orgánicamente el terreno para su vocación.

Hoy, su mayor satisfacción no solo radica en publicar investigaciones que son citadas internacionalmente, sino en el impacto directo de su labor en las aulas universitarias. Ver a sus estudiantes graduados, años después, liderando la mejora de procesos y sistemas en el país, es su principal recompensa. Por ello, su consejo para las nuevas generaciones es contundente: las invita a sacarse el chip de estudiar solo para aprobar una materia y a enfocarse genuinamente en exprimir el aprendizaje. Las insta a desarrollar buenas relaciones interpersonales, liderar proyectos y enfrentar la resolución de problemas difíciles con positivismo, buscando siempre ser una influencia positiva que aporte valor a su entorno y a su carrera.



NATIVIDAD GARCÍA

Ingeniería que fortalece los cimientos DE LA CIUDAD

En un campo laboral que era ocupado mayoritariamente por hombres, la investigadora lidera proyectos de construcción y progreso urbano.

La construcción de Guayaquil ese terreno, históricamente dominado por figuras masculinas y caracterizado por el trabajo pesado en campo, Natividad Leonor García Troncoso ha labrado una trayectoria que fusiona el rigor académico internacional con la práctica civil más exigente en el Ecuador. Su identidad y su vida profesional están ancladas firmemente en Guayaquil, ciudad desde donde aporta al desarrollo de la infraestructura local como investigadora, docente y coordinadora de la maestría de estructuras civiles sismorresistentes de la ESPOL.

García es una mujer de academia y de botas de trabajo. Se graduó como ingeniera civil muy joven, a los 22 años y medio. Entendió rápidamente que para transformar la ingeniería local necesitaba salir de las aulas y medirse en el terreno. Ese mismo año ingresó al Cuerpo de Ingenieros del Ejército, donde asumió el cargo de jefa de control de calidad en la construcción del puente más largo del país, que une Bahía con San Vicente. Su llegada rompió moldes inmediatos. “Era la única mujer en la parte operativa, era jefa de control de calidad versus todos los hombres que trabajaban ahí, que decían que las mujeres eran para el personal administrativo, no para la parte de ingeniería civil”, relata. Lejos de amedrentarse, se abrió camino demostrando con hechos y un profundo conocimiento técnico su capacidad de liderazgo.

Su paso por la obra privada no fue menos desafiante. Durante siete años,

formó parte de la multinacional Holcim en Guayaquil, convirtiéndose en la primera mujer operando directamente en planta. Llegó a tener a 25 personas a cargo en el área operativa, enfrentando el escepticismo de quienes creían que una mujer no soportaría el ritmo o no podría liderar a tantos hombres. “Con el respeto de todos mis colegas, que pensaban que ‘esa niña se iba a botar’, les demostré que yo sí podía”, recuerda con firmeza. Esa inmersión profunda en la realidad de la construcción ecuatoriana le permitió identificar las verdaderas falencias de los materiales que sostienen nuestras edificaciones.

“Me abrió camino con hechos y mi conocimiento. Nadie me puso simplemente por lo que uno dice; yo lo demostré”.

Con esa visión clara, decidió elevar su perfil al más alto nivel global: cursó un Máster en Diseño, Gestión y Dirección de Proyectos por la Universidad de León en España (2012) y alcanzó el grado de doctora (Ph.D.) en el prestigioso Imperial College London en 2020. Hoy, forma parte del selecto grupo de investigación eu-

ropeo C3S. Para Natividad, la ciencia no es un concepto abstracto. Ella hace hincapié en que hacer investigación no significa aislarse en la docencia; en países desarrollados, la industria cuenta con potentes departamentos investigativos. Por ello, urge a crear un puente local mediante fondos concursables entre la empresa pública y privada para mejorar los laboratorios e impulsar colaboraciones internacionales. Su objetivo principal es patentar innovaciones constructivas, un paso vital para un país ubicado en el cinturón de fuego del Pacífico.

Ese altísimo nivel de especialización lo traslada a las aulas. Su vocación docente nació en el colegio, dando clases a niños de escasos recursos en el cerro, y se consolidó cuando, tras su pesada jornada de planta, acudía a la ESPOL para enseñar en horario nocturno. A sus alumnos no solo les imparte cálculo o diseño estructural, sino que les inculca la importancia de las habilidades blandas para saber transmitir ese conocimiento a la sociedad.

Perteneciente al Colegio de Ingenieros Civiles del Guayas, Natividad demuestra que la ciencia de los materiales es un terreno donde la mujer marca la pauta. A las jóvenes guayaquileñas les deja un mensaje inquebrantable: “Que no se dejen menospreciar, que sepan que no se limiten, y sobre todo que si se proponen metas, las van a lograr cumplir”. Su historia es la confirmación palpable de que construir Guayaquil significa, literalmente, asegurar la calidad de los cimientos sobre los que nos paramos para mirar al futuro.

ROSA MORALES

Liderar, servir y abrir CAMINO PARA OTRAS

Desde la Armada del Ecuador, Rosa Morales impulsa cambios con un trabajo silencioso pero determinante para las mujeres, fortaleciendo el vínculo con Guayaquil.

Hay huellas que se quedan grabadas en las calles de una ciudad y otras que permanecen en las instituciones que ayudan a construirla. La de Rosa Morales pertenece a las dos. Durante más de dos décadas ha vestido el uniforme naval con la misma convicción con la que defiende una profesión que, durante años, luchó por ganar espacio dentro de una estructura tradicionalmente masculina: la comunicación. Hoy, como capitán de Fragata y comunicadora de la Armada del Ecuador, forma parte de una generación de mujeres que abrió caminos para las que vinieron después.

Y lo hizo desde Guayaquil, una ciudad profundamente ligada al mar y a la historia naval del país.

Cuando Rosa ingresó a la Armada, la comunicación institucional estaba dando sus primeros pasos profesionales. La institución había decidido incorporar especialistas capaces de contar a los ecuatorianos el trabajo que realizaban sus hombres y mujeres de uniforme. Después de una primera promoción, pasaron once años antes de una nueva convocatoria. Fue entonces cuando llegó ella.

Junto con otra oficial, se convirtió en parte de una generación pionera que asumió una misión que parecía sencilla, pero que transformaría la relación entre la ciudadanía y la institución: hacer visible lo invisible. "Muchos esfuerzos se realizaban, pero no se conocían", recuerda.

Con el paso de los años, aquella iniciativa se convirtió en un sistema consolidado de comunicación social. Hoy son varios los oficiales especializados que cuentan historias de servicio, rescate, vigilancia marítima y apoyo a la comunidad. Detrás de ese crecimiento también está la huella de Rosa Morales.

Pero su historia no se limita a comunicar. Su aporte más significativo llegó cuando el país empezó a discutir con mayor profundidad los derechos, la equidad y el papel de las mujeres dentro de las Fuerzas Armadas. Mientras la sociedad avanzaba hacia nuevas conquistas en materia de igualdad, también surgía una pregunta dentro de las instituciones militares: ¿cómo garantizar que las mujeres pudieran desarrollarse profesionalmente sin que su condición de madres o esposas represente una barrera? Rosa tenía algo que aportar.

Su formación académica en género y derechos humanos llamó la atención del Ministerio de Defensa Nacional. Fue seleccionada para liderar técnicamente un proceso que marcaría un antes y un después para cientos de mujeres militares en Ecuador. La misión era histórica: construir la Política de Género de las



“Con mucho trabajo y sacrificio se puede demostrar que estamos a la par de los hombres en este trabajo y en cualquier otro”.

Fuerzas Armadas. Junto a abogados, oficiales y especialistas, trabajó en la elaboración de un

instrumento que permitió establecer normas claras para fortalecer la participación femenina dentro de las filas militares y garantizar condiciones más equitativas para su desarrollo profesional. "Con trabajo y sacrificio se puede demostrar que estamos a la par", afirma. Aquella política sigue vigente y forma parte de uno de los legados más importantes que ha dejado durante su carrera. Sin buscar protagonismos, Rosa ayudó a abrir puertas que antes parecían cerradas.

Puertas para mujeres que soñaban con servir al país sin renunciar a otros aspectos de su vida. Puertas para futuras oficia-

les que encontrarían un camino más claro gracias a quienes se atrevieron a construirlo primero.

Y mientras dejaba huella dentro de la institución, también contribuía a fortalecer el vínculo entre la Armada y Guayaquil.

No es casualidad que buena parte de los aspirantes que buscan ingresar a la institución provengan de esta ciudad. De hecho, cerca del 80 % de los aspirantes tienen origen guayaquileño. Por eso, cuando habla de Guayaquil, lo hace con gratitud. Porque entiende que el desarrollo de una ciudad también se construye formando ciudadanos comprometidos con su país.

MICHELLE MAFFEI

La mujer que desafía el SILENCIO CRIMINAL

Con datos, firmeza y vocación social, la docente e investigadora impulsa la prevención y deja una huella de esperanza en las nuevas generaciones.

Guayaquil siempre ha sido una ciudad que mira de frente a los desafíos. Lo ha hecho con las inundaciones, con las crisis económicas, con las epidemias y, en los últimos años, con una de las heridas más profundas de su historia reciente: la violencia. En medio de esa realidad, donde muchos prefieren callar por temor o por resignación, Michelle Maffei eligió hacer exactamente lo contrario. Eligió hablar. Mientras las noticias de asesinatos, extorsiones y disputas criminales se convertían en parte de la conversación cotidiana de los guayaquileños, ella comenzó a explicar aquello que pocos se atrevían a nombrar: el crimen organizado. No desde la política ni desde el escándalo, sino desde la investigación, los datos y el análisis. Su historia no es la de una mujer que persigue protagonismo. Es la de una ciudadana que entendió que el conocimiento también puede convertirse en una herramienta de defensa para una comunidad. "Cada vez que una sociedad siente miedo de hablar sobre crimen organizado, el crimen organizado está ganando", suele repetir. Durante décadas, la ciudad ha concentrado una parte importante de las muertes violentas del país. Sus barrios, sus familias y sus jóvenes han convivido con una realidad que muchas veces parecía imposible de frenar. Michelle decidió estudiar ese fenómeno,

“Si uno o dos niños se salvaron porque me escucharon o por un programa de prevención, para mí eso ya es hacer historia”.

entenderlo y traducirlo para que la ciudadanía pudiera comprenderlo más allá de los titulares. El mundo de la seguridad y del crimen organizado continúa siendo un espacio ocupado mayoritariamente por hombres. En congresos internacionales, mesas académicas y foros especializados, la escena suele repetirse: una mujer entre varios expertos masculinos.

Pero si algo define a Michelle es que nunca ha permitido que eso la intimide. "No tengan vergüenza de hablar, de argumentar, de alzar la voz", les dice a las jóvenes que la escuchan.

Sin embargo, los mayores obstáculos no siempre llegaron desde las aulas o los auditorios. También aparecieron desde los prejuicios. Mensajes que le decían que debía dedicarse a cocinar, que ese no era su lugar o que una mujer no podía entender fenómenos tan complejos como las estructuras criminales.

Ella respondió de la única manera que sabe hacer-

lo: preparándose más, investigando más y hablando más. Porque entendió que abrirse paso también significaba abrir puertas para otras mujeres. Y esa es precisamente la huella que está dejando en Guayaquil. No solamente desde los medios de comunicación, donde se ha convertido en una de las voces más reconocidas para explicar la evolución del crimen organizado en Ecuador, sino también en los espacios donde pocas cámaras llegan. En universidades. En fundaciones. En organizaciones comunitarias. En barrios donde la prevención puede marcar la diferencia entre un proyecto de vida y una tragedia. Allí es donde Michelle encuentra el verdadero sentido de su trabajo.

"Si uno o dos niños se salvan porque escucharon una charla o porque participaron en un programa de prevención, eso ya es hacer historia", asegura.

Y quizás esa frase explica mejor que cualquier currículo por qué forma parte de este especial de Mujeres que Mueven Guayaquil.

Porque las ciudades no se transforman únicamente con grandes obras o monumentos. También cambian gracias a las personas que ayudan a modificar realidades desde el conocimiento. Su legado está en cada estudiante que decide investigar en lugar de repetir estereotipos. En cada mujer que encuentra inspiración para ocupar espacios donde antes parecía que no había lugar para ella.



CAROLINA DROUET LEÓN

Las aulas escolares construyen el futuro GUAYAQUILEÑO

La rectora de la Unidad Educativa Santo Hermano Miguel lidera el renacer de una institución centenaria que ofrece su aporte a la ciudad.



Cada mañana, un edificio centenario del centro de Guayaquil vuelve a llenarse de pasos, conversaciones y voces infantiles. En sus aulas, ubicadas entre Baquerizo Moreno y Tomás Martínez, estudiaron durante más de cien años generaciones de jóvenes. Después de que la última promoción del tradicional Colegio San José se trasladara al Campus Norte (Cdl. Pájaro Azul), en 2023, sus salones quedaron vacíos. Hoy, 683 estudiantes recorren nuevamente aquellos pasillos bajo la dirección de Carolina Drouet León, rectora de la Unidad Educativa Santo Hermano Miguel La Salle.

Licenciada en Ciencias de la Educación y magíster en Comunicación Estratégica, Carolina no imaginaba que su trayectoria la llevaría a encabezar el renacimiento de aquel inmueble. Los hermanos de las Escuelas Cristianas en Ecuador le propusieron estudiar los requisitos necesarios para abrir un plantel en la antigua edificación lasallista. Lo que comenzó como una colaboración terminó cambiando sus planos profesionales. Como no era posible volver a utilizar el nombre San José, la institución fue denominada Santo Hermano Miguel, en homenaje al primer santo ecuatoriano, educador lasallista y patrono de los catequistas.

Su historia con La Salle comenzó en 2011, cuando ingresó como docente de Lengua y Literatura en una institución todavía predominantemente masculina. Frente a estudiantes de entre 16 y 18 años, decidió relacionar la literatura con las redes sociales, las noticias y la realidad nacional. Al principio, los jóvenes no comprendían aquella conexión, pero su per-

severancia logró que descubrieran que las obras literarias también dialogaban con la historia y los conflictos de su tiempo. Durante seis años fue profesora del Bachillerato Internacional y, posteriormente, trabajó en la coordinación del programa, experiencia que la preparó para liderar equipos y acompañar procesos educativos.

“Construir Guayaquil desde la educación significa formar seres humanos capaces de servir y transformar”.

Carolina pensaba continuar en esa área e incluso contemplaba la posibilidad de trabajar fuera del país. Por eso, cuando le comunicaron que estaría al frente del nuevo colegio, recibió una noticia que no esperaba. “No estaba dentro de mis aviones profesionales”, reconoce. Antes de aceptar, conversó con su esposo y con sus padres, quienes la animaron a confiar en las capacidades que otros habían visto en ella. “Estaba en el plan de Dios y no en el mío”,

afirma. Luego decidió la tarea de seleccionar a los 27 docentes del plantel, organizar el equipo administrativo y articular el trabajo con el personal de mantenimiento y los hermanos lasallistas.

El reto más complejo ha sido comprender la diversidad de los hogares que llegaron a la institución. La académica encontró estudiantes con costumbres, necesidades y experiencias familiares muy distintas, además de padres acostumbrados a otras maneras de entender la enseñanza. Frente a esa realidad, sostiene que educar no puede limitarse al rendimiento académico. “No formamos solamente alumnos; también ayudamos a transformar vidas a través del acompañamiento a sus familias”. Su liderazgo busca mirar más allá de las calificaciones para reconocer la tristeza, las preocupaciones y las necesidades que un estudiante muchas veces no consigue expresar.

Drouet entiende que liderar no depende únicamente de un nombramiento, sino de la capacidad de sumar personas alrededor de un propósito. Por eso, invita a las mujeres guayaquileñas a creer en sí mismas y no temer al fracaso: “Si algo no sale bien, saldrá bien la próxima vez”. Mientras 683 niños vuelven a ocupar los antiguos pasillos, ella preserva la memoria de un edificio centenario y la convierte en una oportunidad para transformar vidas.

CECILIA PAREDES

Educación y ciencia para transformar GUAYAQUIL

La rectora de la ESPOL busca representar la audacia de la mujer guayaquileña y contribuir con la urbe educando a jóvenes de todo el país.

A Cecilia Paredes Verduga le encanta el fútbol. Es emelescista desde niña, cuando su padre la llevaba al estadio George Capwell y juntos ocupaban un lugar en la tribuna San Martín. Años después, ha repetido esa experiencia con sus hijos para compartirles parte de su memoria guayaquileña. Detrás de la autoridad que dirige una de las universidades más importantes del país también están la madre de familia, la ingeniera, la científica y la profesora. Esa suma de facetas define a la primera mujer que llegó al rectorado de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), una institución que marca la historia académica de miles de guayaquileños.

El camino de Paredes comenzó cuando eligió la Ingeniería Mecánica por su afinidad con la Física y las Matemáticas. Como estudiante de la ESPOL vivió el traslado desde el campus de Las Peñas hasta el actual campus Gustavo Galindo, en medio de dificultades de transporte, alimentación y adaptación. Aquellas necesidades la impulsaron a formar parte de la asociación estudiantil y representar a sus compañeros. Desde entonces descubrió la importancia de alzar la voz para mejorar el entorno de todos y darles nuevas oportunidades.

Cecilia organizaba visitas técnicas, conseguía transporte y coordinaba viajes académicos porque estaba convencida de que siempre había algo por transformar. Se define como una mujer inquieta, organizadora y dispuesta a experimentar. Su participación estudiantil fue una

primera escuela de liderazgo: aprendió a escuchar las necesidades de otros, convertir las ideas en acciones y asumir responsabilidades aun cuando no conocía de antemano los resultados.

“Las mujeres de la ESPOL tenemos una gran oportunidad de generar impacto en nuestra ciudad”.

Una de las decisiones que transformó su vida fue dejar en Guayaquil una relación sentimental de casi cinco años para cursar una maestría en Rutgers, la Universidad Estatal de Nueva Jersey, en Estados Unidos. “Sí, hubiera sido lindo casarme con él, pero yo quería hacer mi maestría”, recuerda. En el extranjero enfrentó dudas sobre sus capacidades, hasta que su tutor la animó a reconocer su inteligencia y su potencial. Aunque inicialmente rechazó continuar con el doctorado porque quería adquirir experiencia laboral, finalmente aceptó el desafío.

Aquella etapa le enseñó a avanzar sin tener todas las certezas: “El no tener miedo a experimentar cosas nuevas, el lanzarme con miedo, pero lanzarme”. Regresó a Ecuador y el 2 de mayo de 2001 ingresó a la ESPOL como profesora de Ciencia de Materiales e investigadora. Pensaba pensa-

necer únicamente dos años, pero la universidad le abrió caminos que no había imaginado. Fue docente, investigadora, subdecano, vicerrectora y, finalmente, rectora.

Desde el rectorado ha impulsado proyectos como Dona Futuro, la guardería y las residencias estudiantiles, destinados a reducir las dificultades que pueden impedir que un joven continúe sus estudios. También ha promovido la presencia femenina en espacios tradicionalmente masculinos. Comprendió la dimensión de su ejemplo cuando una estudiante expresó que quería obtener un doctorado y convertirse en rectora porque, al verla a ella, descubrió que era posible. Para Cecilia, romper un techo de cristal adquiere verdadero sentido cuando abre un camino para quienes vienen detrás.

Cecilia describe a las guayaquileñas como “aguerridas, audaces y lanzadas”, pero considera que la ciudad necesita convertir esas cualidades en oportunidades colectivas. Le preocupan la falta de empleo y la desesperanza que empuja a muchos jóvenes a marcharse; por eso defiende la colaboración entre la academia, las empresas y el sector público para recuperar Guayaquil. “Ya que tienes el ADN guayaeco, es cuestión de que te lances y lo creas posible”, les dice a las nuevas generaciones. Cuando termine su periodo como rectora, asegura que regresará a su origen: “Yo soy profesora”. Su legado no será únicamente haber sido la primera mujer en llegar, sino haber abierto un camino para que otras también puedan recorrerlo.



MARTHA FIERRO

La Gran Maestra que le hizo 'JAQUE MATE' AL DESTINO

Por años la ajedrecista guayaquileña tuvo que ser la única mujer en las competencias, pero apostó a ganar y ha ido abriendo camino a otras en torneos, arbitraje y la dirigencia.

Martha Fierro Baquero prendió a jugar ajedrez de la mano de un hombre, su padre. Y cuando comenzó a competir, ya con 13 años, tuvo que irse acostumbrado a ser la única mujer que debía enfrentar sola a varones para comenzar a cosechar sus medallas. Nunca les temía, dice. Es más, le gustó enfrentarlos y vencerlos; sin embargo, con el paso del tiempo, el porcentaje de mujeres en la práctica sigue siendo menor, un desafío que ha asumido como propio en Ecuador.

Tanto en Ecuador, como a nivel americano e incluso mundial, la presencia de mujeres es mínima. "El desarrollo de nuestro género en el ajedrez es algo a lo que tenemos que darle importancia y más apoyo", sentencia quien fuera la primera Gran Maestra de Iberoamérica y que actualmente se ha convertido en una guía de nuevos valores con un semillero que funciona desde Guayaquil.

Hoy, después de haber competido y ganado a todo nivel, Fierro hace de guía y crea oportunidades para el desarrollo de la disciplina. A nivel deportivo ya ha sacado campeonas a eventos internacionales; mientras que del lado dirigencial, ha dado pie a varios proyectos enfocados en el desarrollo de la mujer, desde deportistas a jueces de ajedrez.

"En realidad anteriormente se veía el ajedrez como un deporte más para niños que para niñas, pero es una disciplina para to-

dos: niños, jóvenes y hasta adultos mayores y personas con capacidades especiales", dice convencida Martha, al tiempo que reconoce que uno de sus mayores retos ha sido apoyar a mujeres que han podido conseguir lugares, donde a su vez han incluido a otras ajedrecistas, pudiendo abrir oportunidades para que sigan sobresaliendo en el deporte. Algo así como una cadena.

"Con el tiempo demostré que si yo pude hacerlo, lo puede hacer cualquier niña o mujer en ajedrez". Por ejemplo, Martha recuerda que cuando logró ser Gran Maestra, comenzaron con ella varias mujeres de otras naciones a conseguir ese logro.

"Creo que en cualquier disciplina si ve un modelo a seguir, las personas se convencer de que también lo pueden obtener. O sea, si yo lo conseguí lo puede lograr cualquier niña o mujer. Me convencí de que en el momento de que ganaba algo, iban a venir más triunfos para las deportistas que venían tras mis pasos, como proyectos, capacitaciones, donde se ha ido involucrando bastante participación femenina. En la actualidad estoy muy emocionada de llevar un proyecto donde tengo a varias niñas talentos de Ecuador".

Un detalle muy importante



"En la actualidad estoy emocionada de poder llevar un proyecto en el que guío a varias niñas talentosas del ajedrez en el Ecuador".

que resalta Martha es que para avanzar con los nuevas 'joyas' cuenta con el apoyo económico

de la empresa privada: "La federación no tiene los recursos", remarca. Por eso, es importante el apoyo internacional con que cuenta, entre esas la empresa WRChess, desde donde su líder, Wadim Rosenstein, proporciona apoyo para que las niñas ajedrecistas viajen con entrenador. Como muestra de que ese esfuerzo está dando frutos, en el último torneo una de sus pupilas quedó campeona Panamericana.

Hoy la Gran Maestra es candidata para dirigir a las 42 entidades que trabajan por el desarrollo del ajedrez del Continente.

Y es que cada que hace algo por alguna deportista, Martha desecha la frustración que algún

día experimentó cuando no tuvo respaldo en el país: "En los inicios de mi carrera, siendo campeona nacional, gané un cupo para un Panamericano, pero, cuando fui a una autoridad, me dijeron: 'no, no hay fondos y que no iba a poder viajar'. Pero sí lo hice con respaldo de la empresa privada.

Como consejo, la Gran Maestra invita a que las mujeres no se desmotiven en lograr lo que quieren, tanto en ajedrez, como en todo lo que se propongan. Que si lo aman, insistan. "La constancia atrae apoyo. Se está activando la disciplina en todo nivel. Así que no se desilusionen".

FÁTIMA NAVARRO

Formación integral EN LAS PISTAS

Acumula cuatro décadas guiando a deportistas, que hoy confían la formación de sus hijos a la maestra, quien tiene un semillero en Guayaquil.



Casi cuatro décadas entrenando deportistas le han dado a la maestra Fátima Navarro Sinisterra, medallista bolivariana de atletismo, la oportunidad de guiar a niños y jóvenes no solo para ganar una presea, sino para fortalecerse como seres humanos empáticos, con una formación integral para la pista y la vida.

Una vida que hoy dista mucho de la que experimentó en sus inicios deportivos, con apenas 11 años. Cuando sintió motivación por el lanzamiento de bala, disco y jabalina, y, pese a las discriminaciones, superó todas las barreras con el apoyo de sus entrenadoras en el entonces Colegio Nacional Guayaquil.

Es increíble, dice, que mientras sus profesoras elogiaban sus condiciones físicas, la primera barrera se la pusieron sus padres, quienes para entonces, por la década de los años 70, creían que el deporte era solo para el varón, pues tenían el concepto de que "las niñas debían dedicarse solo a estudiar, volver a casa y ayudar en los quehaceres domésticos".

Pero el sueño e ímpetu de esa niña pudo más, recuerda. Le costó conseguir el permiso de sus padres, a quienes, pese a su corta edad, hizo entender que esa parte formativa la iba a ayudar en su desarrollo como persona. "Aceptaron, con una condición básica: tenía que ser buena estudiante. En-

"Mis padres decían que las niñas tenían que dedicarse solo a estudiar y ayudar en los quehaceres domésticos".

tonces, me acuerdo: entrenaba fuerte, volvía a casa, hacía tareas rápido y de 4 a 6 ya estaba en la pista Víctor Emilio Estrada".

También cita la anécdota del tiempo en que tenía que trabajar con pesas para fortalecer sus músculos y sus padres se oponían, porque una niña no debía hacer ese tipo de ejercicios.

Otra de las barreras que encontró en el camino estaba en la parte económica. Debía luchar mucho, porque la situación en casa era precaria. Pese a eso, sus padres la apoyaban. "Para entonces no había tanto desarrollo deportivo. Todo era básico", remarca.

Finalmente compitió tanto que abandonó sus estudios universitarios de Química y apostó por una Licenciatura en Educación. Hoy también es Tecnóloga en Idiomas.

Al atletismo como entrenadora llegó por "un accidente", ya que su padre murió y pasó a ser el eje de su

hogar. "Recién graduada del colegio como bachiller necesité trabajar. Mi entrenadora de atletismo me ayudó a conseguir un trabajo como reemplazo en el colegio Espíritu Santo".

Hoy Fátima sigue trabajando en el deporte universitario, pero también tiene un semillero de atletas, a los que cita cada tarde para trabajar en la pista de Fedenador, sector de Miraflores. Ahí, niños desde los 5 años hasta atletas jóvenes se reúnen a formarse en la escuela que lleva el nombre de su amiga y compañera de las pistas, Luz María Quiñónez.

Al momento, la mayor frustración de Navarro es no poder posesionarse como presidenta de la Asociación Provincial de Atletismo. Anhela poder sectorizar a Guayaquil y colocar formadores en semilleros, ubicados en los cuatro puntos cardinales, para que los deportistas no tengan que recorrer largas distancias para entrenar. También quiere activar las Ligas cantonales y fomentar el deporte estudiantil.

A los padres, les recomienda que con todos los problemas de inseguridad, es cuando más los chicos deben hacer deporte. "Hay que motivarlos, porque si bien la tecnología ha ayudado para el desarrollo de la educación, también es una parte que hace daño", sostiene, y critica que los niños pasen horas de horas frente a una pantalla. Sugiere encaminarlos al arte y deporte, como parte de la formación integral.